

derlo fuera una temeridad insensata, porque se presentaban mil probabilidades de muerte contra una sola de buen éxito.

Colon meditó interiormente durante nueve días, y se mantuvo en la presencia de Dios, consultándole; y finalmente resolvió saber lo que el Altísimo había decidido respecto á él, según la expresión de Pedro Mártir (1).

Es evidente que sólo un cristiano dispuesto á los padecimientos, un hombre de tanta abnegación, que sacrificara su vida á Dios y se inmolará por la salvación de todos, podía intentar aquella empresa. ¿Pero, quién sería aquella generosa víctima? Era por demás que buscara Colon: sólo veía capaz de semejante heroísmo á su antiguo servidor, el capitán de bandera, Diego Méndez, oficial formado en su íntima escuela, que amaba á Dios, la ciencia, al Almirante su amo, y á quien no le detenían las aficiones á nada de este mundo. Al décimo día llamó el Almirante al capitán de bandera á una conferencia particular, que habiendo permanecido secreta durante treinta y tres años, fué divulgada por el mismo Méndez, el 19 de junio de 1536, en la escritura solemne de sus últimas disposiciones (2). La grandeza de que necesitaba una materia tan delicada, la gravedad de las conjeturas en medio de las cuales se encontraban, prestan vivo interés á ese misterioso coloquio.

El Almirante y su capitán de bandera estaban solos delante de Dios en su camarote. Hé aquí cuáles fueron las palabras de Colon:

«Diego Méndez, hijo mío, ninguno de los que están aquí, excepto tú y yo, tiene la menor idea del peligro en que nos encontramos, por el reducido número de los que somos y por la multitud de los indios salvajes, cuyo carácter es inconstante y antojadizo: y cuando se les ocurra venir á quemarnos en estas dos naves, que hemos convertido en casas de paja, podrán fácilmente incendiarlas desde tierra y reducirnos todos á cenizas. El arreglo que hiciste con ellos para que nos traigan víveres, lo que hacen muy gustosos, puede muy pronto no convenirles ya, y no fuera sorprendente que mañana mismo ya no nos trajeran nada: además, no estamos en disposición de tomarnos esos víveres por la fuerza, y tendremos que sujetarnos á lo que ellos quieran. Para salir de tantas dificultades, yo he discurrido un medio, si te parece bueno; sería este, que alguno se arriesgara en la canoa que has comprado, para ir á la isla Española y procurarse allí una embarcación, con

(1) «Quid de se Deus cogitet, statuit experiri.» — Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis tertiæ*, lib. IV, fól. 52, recto.

(2) Este testamento ológrafo que contiene trece páginas fué escrito en Valladolid y entregado en poder de Fernando Pérez, secretario del Rey y notario de la Corte, el 26 del mismo mes, en presencia de siete testigos, empleados todos de la casa de la virreina de las Indias, doña María de Toledo. Debe notarse que el primero de los siete nobles era Diego de Arana, sobrino de Beatriz Enríquez, pariente por afinidad de la Virreina.

la que pudiéramos salir de la peligrosa situación en que nos encontramos. Dime tu opinión (1).»

Diego Méndez respondió: «Señor, veo perfectamente el peligro que nos amenaza, y es mayor de lo que pudiera imaginarse. El proyecto de pasar desde esta isla á la Española en un buque tan pequeño como esta canoa lo miro no solamente muy difícil, sino también imposible, porque no conozco nadie que se atreva á arriesgarse á correr un peligro tan patente (2) de atravesar un golfo de cuarenta leguas entre islas cuyo mar es tan impetuoso.»

Aquí hubo un instante de silencio.

Colon no replicó, porque no se podía objetar nada á lo dicho. No se trataba ya de raciocinios, sino de sacrificios. Su mirada, su actitud decían bastante á su escudero que él, hombre de fe y valor, que había experimentado la bondad de Dios, era quien debía ofrecerse de nuevo para la salvación común.

Diego Méndez comprendió aquel mudo lenguaje del pensamiento, y respondió: «Señor, he aventurado varias veces mi vida por salvar la vuestra, y la de todas las personas que están aquí, y Dios me ha salvado milagrosamente. Á pesar de mi conducta, no han faltado maldicientes que han dicho que vos me confiáis siempre todas las cosas donde hay honra que adquirir, cuando los había entre ellos quienes las ejecutarían tan bien como yo. Por este motivo, parece conveniente que Vuestra Señoría les haga llamar á todos, les proponga esta empresa, para ver si entre ellos se encuentra alguno que quiera encargarse de ella, que lo dudo; y si todos la rehusan, yo aventuraré mi vida por vuestro servicio, como ya lo hice varias veces.»

El día siguiente se reunieron en consejo todos los oficiales. Estaban sentados en semicírculo al rededor del Almirante quien expuso la situación y propuso enviar un bote á la Española. En el primer momento quedaron todos mudos de sorpresa; después hicieron observar algunos que semejante proposición no tenía salida, porque era imposible intentar semejante travesía.

Entonces se levantó Diego Méndez, y dijo:

«Señor, tengo una sola vida y voy á aventurarla por servir á Vuestra Señoría y por el bien de todos los que están aquí, porque espero que Dios Nuestro Señor, viendo la intención que me dirige, me salvará como lo ha hecho otras muchas veces (3).»

(1) «Decidme vuestro parecer.» — *Testamento ológrafo de Diego Méndez, hecho en Valladolid el 19 junio de 1536.*

(2) «No sé quien se ose aventurar á peligro tan notorio.» — *Testamento ológrafo de Diego Méndez, hecho en Valladolid el 19 de junio de 1536.*

(3) «Señor: una vida tengo no más, yo la quiero aventurar por servicio de vuestra señoría y por el bien

Al oír el Almirante esta resolución, se levantó de su asiento, fué al noble Diego Méndez, abrazóle estrechamente en la expansión de su entusiasmo, besóle en las mejillas, y dijo en voz alta: «Bien sabía yo que aquí no habría sino vos que se encargara de semejante empresa (1).» Después de la justa satisfacción dada al oficial, dirigiéndose al cristiano, añadió con aquel vigor de fe, secreto de su grandeza: «Tengo la firme confianza de que Dios Nuestro Señor os hará vencer los peligros que os amenazan, como lo ha hecho en otras ocasiones.»

Aunque Diego Méndez contaba con la bondad divina, no descuidaba ninguna precaución de la prudencia humana. Mandó poner en seco su canoa en la playa, ajustóle una quilla y un palo proporcionado; apuntó la popa y proa con sólidos tablones, la calafateó cuidadosamente; hizole untar sebo y alquitran; tomó víveres para ocho personas; y habiendo recibido los pliegos del Almirante y sus piadosas exhortaciones, hizose á la mar con seis remeros indios y un español que probó su audacia.

Antes de llegar á la punta oriental de la isla era preciso recorrer treinta y cinco leguas de costa, afrontar las rachas de tierra, la impetuosidad de las corrientes y desafiar otros peligros desconocidos. Sorprendióle una escuadrilla de piratas indios que se apoderaron de él. Pero refiere él mismo que «Dios le libró milagrosamente (2).» Sin dejarse abatir por ese género de accidentes, que no había entrado en el cálculo de sus previsiones, continuó su ruta, y llegó finalmente al extremo de la isla.

El enviado de Colon esperaba allí confiadamente que el mar, agitado entonces, se calmara para emprender la travesía, cuando algunos indios de las cercanías se conjuraron para asesinarle y apoderarse de su bote con su contenido. Ya le habían cogido y arrastrado á tres leguas de distancia, tierra adentro, y jugaban su muerte á una partida de pelota. Los jugadores que hubiesen perdido la partida debían encargarse del asesinato. Dios permitió que Diego Méndez adivinara su proyecto, consiguiera burlar su vigilancia, escaparse, reconocer su camino y hallar otra vez su bote. El viento era favorable, y desplegando la vela, regresó el intrépido capitán al puerto de Santa Gloria, entregando salvos sus pliegos al Almirante. «Referile, dice, de qué manera me había librado Dios de las manos de aquellos salva-

de todos los que aquí están, porque tengo esperanza en Nuestro Señor que vista la intención, con que yo lo hago, me librará como otras muchas veces lo ha hecho.»—*Relación hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante D. Cristóbal Colon.*

(1) «Bien sabía yo que no había aquí ninguno que osase tomar esta empresa sino vos.» — *Relación hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos etc.*

(2) «De que Dios me libró milagrosamente.» — *Relación hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos etc.*

jes (1). Su Señoría tuvo una grande alegría por mi vuelta. Preguntóme si emprendería otra vez mi viaje.» Contestóle Diego Méndez que iba á ponerse otra vez en camino, con tal que un destacamento bien armado le escoltara hasta que pudiera alejarse de la punta oriental de la isla llamada Aomaquíque. El Almirante puso á su disposición setenta hombres á las órdenes del Adelantado, quien debía quedarse con él en la punta Aomaquíque, hasta que se hubiese marchado de allí, y continuar estacionado allí también durante tres días después de su partida.

Aquel valor excitó una noble emulación. El capitán de la *Viscaina*, Bartolomé Fieschi, de ilustre alcurnia y admirador de Colon, aunque era su compatriota, se ofreció á traerle noticias de la llegada de Diego Méndez á la Española. Algunos hombres se decidieron entonces á seguirle para protegerles contra los indios. Preparóse un segundo bote. En cada uno se embarcaron con Diego Méndez y Bartolomé Fieschi, seis españoles escogidos y diez indios para remeros. Quedó convenido que luego de haber llegado á la Española, volvería Fieschi para informar al Almirante de su feliz llegada, mientras que Diego Méndez iría á llevar al gobernador la carta de que estaba encargado, y después de haber enviado á Jamáica una carabela bien abastecida, llevaría á España los pliegos dirigidos á los Reyes.

§ II.

Los dos botes navegaban en conserva y costeano la playa que seguía también el destacamento mandado por el Adelantado, llegaron con bastante fatiga á la punta Aomaquíque, donde pasaron cuatro días esperando que el mar abonanzara. Las olas parecieron entonces adormecerse. Diego Méndez se puso en oración, encomendóse á la misericordia divina, á la protección particular de Nuestra Señora la Antigua, y se despidió del Adelantado. En aquel supremo momento corrieron las lágrimas por las mejillas de sus compañeros. Conmovidos los españoles de la escolta por la vista de aquella abnegación, de aquella confianza en Dios, enternecidos por la grandeza del sacrificio, «derramaron abundantes lágrimas (2).» Aquella despedida era tristísima. Pero el enviado del Almirante, sin dejarse ablandar por la ternura, se animó recordando las palabras de su jefe: «Tengo la

(1) Y contéle todo lo sucedido, y como Dios milagrosamente me había librado de las manos de aquellos salvajes.—*Relación hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos, etc.*

(2) «Viendo que la mar se amansaba me despedí dellos y ellos de mí, con hartas lágrimas.» — *Relación hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos, etc.*

firme confianza que Dios Nuestro Señor os hará vencer los peligros que os amenazan como lo hizo en otras ocasiones.» Y se alejó de la costa, queriendo aprovechar la benignidad del mar, tan rara en aquellas caprichosas costas.

Navegaban con viento de Este, cuarto Sud. Los remeros trabajaban con ardor. La brisa no rizaba la azulada superficie del agua. El calor y la sed les incomodaban mucho. Para refrescarse y descansar, se echaban alternativamente al mar, y volvían á coger los remos cuando les tocaba por turno. Como se quejaban de sed, los capitanes les daban frecuentemente las calabazas llenas de agua. El primer día fueron muy humanos (1).

Al anochecer perdieron de vista la tierra.

Á fin de evitar cualquier sorpresa, los españoles hicieron su cuarto en cada bote. Por la mañana estaban muy fatigados. El calor aumentó con el día. Los remeros abrasados por la sed caían rendidos debajo de los bancos. Diego Méndez y Bartolomé Fieschi habían puesto dos barriles de reserva, y cuando les veían desfallecer de aquella manera, les distribuían algunos pequeños sorbos. Prometíanles que llegarían muy pronto á la isleta Navasa, y esta idea reanimó el valor de los remeros que temían haberla dejado lejos de su derrotero.

Al llegar la noche el calor era abrasador.

Languidecían los remeros, sus brazos, sin fuerza ya, dejaban caer los remos. Estaban tendidos sin movimiento en el fondo de las canoas. El menos robusto de ellos murió entre los tormentos de la sed. Su cuerpo fué echado al mar. El día siguiente hicieron un postrer esfuerzo, pero el sol les abrasaba. Metíanse en la boca un poco de agua del mar para moderar aquel ardor que sólo conseguían aumentar. Llegó también la noche sin que hubiesen descubierto la isla prometida. Apoderóse de los corazones un triste desconsuelo. Perdida ya toda esperanza, se resolvieron á morir.

Únicamente el enviado de Colon, confiando en Dios, conservaba en su interior alguna esperanza. La luna entretanto se dejó ver en el Norte; y Diego Méndez, que continuamente tenía fija la vista en torno suyo, observó que una línea sombría y cortada ocultaba la parte inferior del disco. Conjeturó que una masa opaca se interponía á lo lejos entre el astro y los botes (2). Dando entonces gracias al Señor por haberle socorrido con aquella señal del cielo, excitó el celo de sus remeros, que se pusieron todos á la faena, y el día siguiente, al asomar el alba, llegaron á Navasa.

(1) Fernando-Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. cv.

(2) «Concesse lor gratia ché in tempo di tanto bisogno Diego Mendez all' apparir della luna vedesse, che uscía sopra terra, percioche un' isoleta copria la luna á guisa di eclissi. Ne in altro modo havrebbono potuto vederla.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. cv.

Era una isla baja, árida y que sólo tenía media legua de circuito. Formábanla rocas peladas: no tenía fuentes, ni árboles, ni plantas. Por fortuna, entre los huecos de las rocas había todavía un poco de agua de las últimas lluvias. Diego Méndez dió gracias á Dios de aquella misericordia (1). Al ver la poca extensión y elevación de Navasa, comprendió que si su vista no se hubiese fijado en la luna en aquel preciso momento, la habrían dejado en su camino, sin distinguirla, y se habrían perdido infaliblemente en la inmensidad de las aguas. Apagaron su sed con la que encontraron llovida del cielo. Algunos españoles, á pesar del aviso de los dos oficiales, bebieron de ella hasta ponerles enfermos. Algunos remeros bebieron con tal pasión que, perdida la respiración, murieron en el acto.

Diego Méndez y Bartolomé Fieschi se embarcaron otra vez después de haber descansado algunas horas.

Habían hecho llenar de agua los barriles y las calabazas. Remaron toda la noche, y el día siguiente, por la madrugada, tocaron tierra en el cabo de San Miguel, llamado hoy el cabo Tiburon, en una playa muy hermosa, donde acudieron en seguida multitud de habitantes de las cercanías trayéndoles muchos viveres (2).

Después de haber pasado dos días en aquel lugar para reparar sus fuerzas, contrató Diego Méndez seis remeros indígenas, porque los de Jamáica estaban ya medio muertos de fatiga, y se dirigió á Santo Domingo, que todavía estaba ciento treinta leguas. Después que hubo andado cuarenta leguas en medio de los mayores peligros, porque aquella parte de la isla no estaba aún sometida, y aquellos mares estaban á veces infestados de Caribes antropófagos, tomó tierra en el puerto de Azna, donde el comendador Gallego, que administraba el distrito, le hizo saber que el gobernador general Ovando estaba en Xaragua, á cincuenta leguas tierra adentro. Dejando su bote, partió en seguida para encontrarle, yendo solo y á pié, al través de tribus no sometidas ó irritadas, de elevadas montañas, de ríos rápidos y bosques impenetrables que parecían desafiar su heroísmo durante esas cincuenta leguas de obstáculos. La soledad no le espantaba. Su confianza en Dios y el recuerdo de su amo le sostenían contra los verdaderos peligros y los terrores de la imaginación.

Bartolomé Fieschi quiso partir, luego que Diego Méndez le hubo dejado, para ir á decir al Almirante que sus pliegos habían llegado á la Española; pero el can-

(1) «Smontati adunque in essa ove meglio poterlo, tutti resero molte gratie á Dio di tanto soccorso» —Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. cv.

(2) «Donde luego vino mucha gente de la tierra y trajeron muchas cosas de comer, y estuve dos dias descansando.»—*Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante D. Cristóbal Colon.*